

los del extranjero. Su genio malo le inspiró el *edicto de restitucion*. El conde de Khevenhiller, celoso católico y partidario decidido del emperador, tiene un párrafo muy interesante sobre este punto: «Las victorias alcanzadas por Fernando sobre el rey de Dinamarca y sobre los protestantes alarmaron á los príncipes y al papa mismo. Un cardenal propuso un medio de arruinar á la casa de Austria: explotar los sentimientos religiosos del emperador, excitándole á quitar á los protestantes los bienes eclesiásticos que habían usurpado despues de la paz de Augsburgo. De aquí debía resultar un descontento general contra Fernando, que se habia de aprovechar para hacer un llamamiento al rey de Francia, el cual invadiria el imperio como protector de la libertad germánica, hollada por el duque de Wallenstein. Al mismo tiempo se habia de fundar una república en los Países Bajos, y con el concurso de los holandeses sería fácil arrancar á la España sus colonias, arruinar su comercio y encerrarla en la Península. Entónces la casa de Austria quedaba arruinada» (1).

Dudamos que sea serio el pensamiento del cardenal; el analista imperial habrá puesto en boca de un príncipe de la Iglesia los temores que no se atrevia á manifestar por sí mismo. Es cierto que la ambicion de la casa de Austria aterró á la Europa y provocó la coalicion de la Francia con la Suecia, las Provincias Unidas y los protestantes de Alemania para mantener la libertad de los príncipes y de las repúblicas. Estos sentimientos estallaron desde el año 1636, ántes que Richelieu hubiese tomado parte activa en la lucha; no es él, por consiguiente, el que ha inventado el fantasma de la monarquía universal. Tenemos un testimonio interesante de la opinion general en el discurso de un embajador de Bethleem Gabor, que nos ha trasmitido el cardenal Caraffa. Hubo conferencias en La Haya para formar una coalicion contra la casa de Austria. «Esta casa, dice el príncipe de Transilvania, no ha cesado de aspirar á la monarquía universal. Fernando empieza por someter la Alemania. Destruida la libertad germánica, ¿qué será de la independencia de las Provincias Unidas, de Dinamarca, de la Francia y de la Inglaterra? No hay más que un medio de conjurar

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. XI, p. 427-430.

este peligro, y es que todos los que tienen que temer la preponderancia de uno solo unan sus fuerzas y abracen el partido de los oprimidos; mientras combatan aislados, su derrota es segura. Es preciso hacer entrar en la alianza al rey cristianísimo, al duque de Saboya, á la república de Venecia, y hasta á los Turcos, puesto que se trata de la salvacion comun de todos los pueblos» (1). Nosotros añadiremos con un gran historiador, que la libertad de pensar, y por consiguiente la civilizacion moderna, peligraban tanto como el equilibrio político. La dominacion de la casa de Austria ha sido funesta á la cultura intelectual, lo mismo en Alemania que en la península española. Esto era inevitable, porque la monarquía universal lleva consigo el despotismo civil y religioso. ¿Qué hubiera sido de la Europa si hubiera triunfado la reaccion católica? Una especie de Turquía cristiana, responde *Juan de Muller* (2).

### § III.—Los protestantes de Alemania.

#### I.

Los príncipes protestantes tenían que defender la libertad religiosa, amenazada por la reaccion católica, cuyo jefe era Fernando. Hemos dicho en otra parte que no supieron ni conjurar el mal ni combatirlo (3). Lo que faltaba á la Alemania como cuerpo, faltaba también á los príncipes protestantes: el espíritu de unidad. La religion, en lugar de ser un vínculo de union, aumentó la discordia; los luteranos y los calvinistas se detestaban entre sí más que lo que odiaban al enemigo comun. Cuando el elector palatino fué llamada al trono de Bohemia, hubiera sido fácil á los protestantes aniquilar para siempre la casa de Austria y asegurar la preponderancia del protestantismo, cuando no su dominacion en Alemania; bastábales unirse contra el enemigo comun. En lugar de esto,

(1) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 238.

(2) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 14: «Die Christenheit würde an Licht und Cultur unter ihnen ziemlich türkisch geworden sein.»

(3) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.



vióse, cosa increíble, al más poderoso de los príncipes luteranos abrazar el partido del emperador contra sus correligionarios. La razón fué que el elector palatino era el jefe del calvinismo, y el duque de Sajonia era un luterano fanático; añádase á esto un miserable interés de engrandecimiento territorial. De esta manera sucedió que el príncipe que hubiera debido ponerse á la cabeza del partido protestante contra las invasiones del catolicismo, hizo traición á los intereses de la Reforma.

La causa del protestantismo no encontró defensores más que en algunos heroicos aventureros. Después de su derrota y de su muerte, fué preciso recurrir á la intervención extranjera. El rey de Dinamarca fué débilmente socorrido por los protestantes en cuyo favor tomó las armas; sus aliados le abandonaron en cuanto fué vencido. El protestantismo hubiera perecido, así como la libertad de la Alemania, si Dios no hubiera enviado á Gustavo Adolfo para salvarlos. Los príncipes alemanes no se atrevieron á pedir su intervención; no se atrevieron á declararse por él; trataron como enemigo al que venía á salvarlos. Cuando la victoria se declaró por el héroe sueco, los protestantes se reunieron bajo sus banderas, pero no lo hicieron más que obligados por la necesidad; aún después del edicto de restitución, aún después de la espoliación del duque de Mecklemburgo, no comprendieron que la unión era su única esperanza de salvación. Mientras vivió el rey de Suecia, cedieron bajo el ascendiente de un espíritu superior. Después de su muerte, todo se rompió. Richelieu y el canciller Oxenstiern trataron de unir los Estados protestantes en una liga que fuese bastante fuerte para obligar al emperador á una paz religiosa y política. Pero los más poderosos de los príncipes, los electores de Sajonia y de Brandenburgo, se negaron á firmar la liga de Heilbronn, y negociaron con Fernando. La derrota de Nordlingen produjo la defección general. Créase segura la ruina de los suecos y dábanse prisa á acceder á la paz de Praga para reconciliarse con el vencedor. El landgrave de Hesse y algunos condes del Imperio fueron los únicos que permanecieron fieles á la alianza. Sin embargo, los convenios de Praga no produjeron ni siquiera el único bien que podían dar al imperio, la paz; la Suecia y la Francia continuaron la guerra por la libertad alemana sin el apoyo de

los príncipes, y aún contra ellos. El período francés de la guerra de los treinta años fué funesto á la casa de Austria. Fernando II, vencido y abandonado por el único aliado que le quedaba, el duque de Baviera, se vió obligado á firmar la paz. El tratado de Munster desmembró la Alemania con ventaja de la Suecia y de la Francia, aseguró la libertad religiosa á los príncipes protestantes, y, para garantirla, les dió una independencia casi completa, con detrimento de la unidad y la fuerza del Imperio.

## II.

Los historiadores alemanes deploran la paz de Westfalia porque mutiló el Imperio y lo debilitó hasta el punto de hacerle depender del extranjero. Acusan á los príncipes protestantes de este resultado funesto; ellos llamaron á Alemania al extranjero, ellos dieron á la Francia y á la Suecia el pretexto de la libertad alemana y de la libertad religiosa; grandes palabras, con las cuales los enemigos de la Alemania alimentaron una guerra espantosa que, después de haber arruinado y desmembrado el Imperio, destruyó su influencia política. Nosotros creemos que los príncipes protestantes no son culpables del crimen de que se los acusa. Pero lo que se les debe echar en cara es el no haber sabido defender la causa del protestantismo, y hasta de haberla comprometido con sus eternas disensiones, fuente de una deplorable debilidad. Ciertamente, si se juzgase á los príncipes del siglo XVII bajo el punto de vista de las ideas y de las aspiraciones del XIX, se podría condenar su egoísmo y su falta de inteligencia de los verdaderos intereses de la patria alemana. Pero nuestras ideas y nuestras aspiraciones eran completamente desconocidas en la Alemania de la guerra de los treinta años. Escuchemos á los contemporáneos; la pintura que hacen los franceses y los suecos de sus aliados, no tiene nada de lisonjera para el patriotismo alemán; pero para juzgar á los hombres, hay que tomarlos como son, y no como quisiéramos que fuesen.

Richelieu dice que los alemanes no tienen más que un solo móvil de su conducta, el interés. «Son de un carácter tan mercena-



rio, que no hay promesa, por solemne que sea, á la cual no falten por dinero» (1). «La religion y la libertad del Imperio son lo que ménos les importa, dice el historiador del mariscal de Guebriant; si abrazan nuestro partido y no el del emperador, es por codicia» (2). Los suecos hablan de sus aliados en un tono todavía más despreciativo. Durante las deliberaciones de Heilbronn, ¿qué hacían los príncipes protestantes ó sus plenipotenciarios? «En lugar de contribuir á su causa, dice Oxenstiern á Feuquières, emplean el tiempo en embriagarse» (3). Un testigo ménos apasionado, el conde Brahe, asistió á la dieta de Francfort; su narracion está conforme con los testimonios que acabamos de copiar: «Los príncipes se divierten, dice, sin cuidarse para nada del bien comun, ó si piensan en ello es para mostrar envidia de la Suecia, porque dirige los negocios. El duque de Sajonia sirve para enredar las cuestiones; el elector de Brandeburgo no tiene más que una ambicion, la posesion de la Pomerania; el duque de Weimar desea ser independiente y asegurar su grandeza; los duques de Brunswick y de Luneburgo, están reñidos con el landgrave de Hesse; la nobleza y las ciudades se disputan el lugar y la preeminencia; todo el mundo busca su interes, y cada cual envidia á los demas; los grandes y los pequeños se dejan ganar por el oro frances» (4).

Estas divisiones, que escandalizaban á los aliados de los príncipes protestantes, tenían profundas raíces en el genio de la raza alemana; los Suecos y los Franceses no veían más que su parte mala. El espíritu de individualismo ha engendrado la Reforma, ha producido la rica variedad que distingue á la cultura alemana; pero en el terreno político no podía producir más que pequeñez de miras, intereses mezquinos y extremada debilidad. Hoy mismo que se ha despertado el sentimiento de la patria, y que agita á la Alemania la necesidad de la unidad, sigue siempre dividida é impotente (5). ¿Cuál debia ser el caos en el siglo XVII ántes de la mediatizacion cuando el imperio contaba por centenas los Esta-

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IX, p. 410.

(2) *LE LABOUREUR*, *Historia del mariscal de Guebriant*, p. 364.

(3) *FEUQUIERES*, *Negociaciones*, t. I, p. 40.

(4) *GEYER*, *Geschichte Schwedens*, t. III, p. 294.

(5) Escrito en el mes de Junio de 1859.

dos? Sin embargo, en aquella anarquía aparente habia una tendencia que dominaba, la de la separacion, es decir, la soberanía cada vez más completa de los príncipes, la disminucion, y aún podria decirse la anulacion del poder imperial. Al principio de la guerra de los treinta años, el elector de Tréveris se puso bajo la proteccion de la Francia; en su *Justificacion* se lee: «Los Alemanes reconocen el poder del emperador, pero de tal manera, que parece que mandan más que obedecen, ó por lo ménos, que son iguales. Esto es tan cierto, que el emperador Maximiliano acostumbraba decir que de los reyes de la cristiandad el uno era rey de las almas, el otro rey de los hombres; pero que el emperador era rey de los reyes, llamando reyes á los príncipes del imperio; y en realidad son reyes en sus dominios y por autoridad propia sobre sus súbditos, y aún sobre el emperador, el cual es emperador por ellos» (1). Esto es lo que hacia decir á Richelieu que el imperio era una monarquía mixta, en la cual habia mucho de república (2).

Fernando estuvo á punto de cambiar la república en monarquía. Esto hubiera sido una revolucion en el interior del imperio y un peligro para la Europa. La tendencia secular de la Alemania era la descentralizacion, como hoy decimos; los emperadores habian intentado en vano en la Edad Media recobrar el poder que pasaba á manos de los duques; el espíritu de division inherente á la raza fué más fuerte que el genio de los Enriques y Federicos. Cuando en el siglo XVI quiso Carlos V hacer la corona imperial hereditaria en su familia, encontró una resistencia unánime. La mision de la nacion alemana se oponia á la unidad. Lo cual quiere decir que el hecho que Fernando queria alterar era providencial. La libertad de la Europa estaba tan interesada en él como el destino de la Alemania. Escuchemos á los plenipotenciarios franceses en el Congreso de Munster: «Los enemigos de la Francia tienen por seguro que si los miembros divididos de este gran cuerpo (Alemania) pudieran reunirse para obrar de comun acuerdo bajo

(1) *Justificacion del procedimiento del elector de Tréveris. (Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster, t. I, p. 56.)*

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. X, p. 122.



la direccion de un jefe, habria pocas potencias capaces de resistirles » (1). Los príncipes alemanes y la Francia tenían, pues, el mismo interes en debilitar el poder del emperador.

Al empezar las negociaciones de Munster los embajadores de Francia escribieron una carta circular á los príncipes del imperio, para invitarles á que estuvieran representados en el Congreso. En ella se lee: « La casa de Austria aspira á la monarquía de Europa; quiere establecer en el imperio el fundamento de su soberanía..... Hé aquí por qué ha quitado á las leyes su fuerza, á los magistrados sus privilegios, lo mismo que á todos los Estados del imperio..... La opresion de los príncipes es la causa de la guerra; para tener una paz segura, es preciso garantir sus derechos; si no, la libertad germánica camina á su fin y el emperador funda y asegura su monarquía » (2). El llamamiento fué escuchado y seguido el consejo. De ahí resultó que la paz de Westfalia hizo de la Alemania una república de príncipes; garantizó su soberanía territorial; les dió tantos derechos y dejó tan pocos al emperador, que el imperio no fué más que una dignidad nominal sin fuerza alguna: permitió á los Estados hacer entre sí y aún celebrar con el extranjero alianzas para su conservacion, al paso que el emperador no tenía el derecho de hacer la guerra. Una confederacion puede seguir siendo poderosa, siempre que el vínculo entre los confederados conserve y asegure una accion comun: esta unidad era imposible en el imperio de Alemania, á consecuencia de la division de protestantes y católicos. Cuando habia oposicion entre ambas confesiones se recurria al arbitraje, se negociaba como si se hubiera tratado de conciliar Estados extranjeros y enemigos. No quedaba en realidad más que un solo interes comun, la justicia; pero hasta la justicia acabó por localizarse (3).

¿ Debe deplorarse esta division de la Alemania? Hemos ya respondido á esta pregunta; el historiador no puede deplorar que la Alemania no haya llegado á concentrarse en una unidad poderosa como la Francia. Es más que probable que la nacion alemana

(1) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. II, p. 80.

(2) *IBID.*, t. I, p. 248.

(3) *MUNZEL, Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 246-251.

hubiera pagado cara la fuerza que da la centralizacion, porque hubiera abdicado su genio; esto quiere decir que lo que se deplora era un imposible. Pero aún estando separados, los Estados conservaban intereses comunes; este vínculo de unidad es el que ha relajado demasiado la paz de Westfalia. ¿ Debe culparse únicamente á los príncipes, y sobre todo á los protestantes? Cuando los tratados que terminan la guerra exageran los principios de libertad é independencia, puede asegurarse que esto es una reaccion contra un exceso contrario; el peligro de la dominacion absoluta de un hombre ó de una familia. Se imputa á los protestantes la debilidad de la Alemania y su fraccionamiento; el verdadero culpable es Fernando, es la reaccion católica, cuyo instrumento era.

### III.

La guerra de treinta años es la lucha suprema del catolicismo y del protestantismo. Hoy se pregunta si la lucha era fatal, inevitable. Era necesaria en el sentido de que la Iglesia no podia renunciar á su dominacion, puesto que la consideraba como de derecho divino. Pero las condiciones del combate dependian de la prevision de los partidos que tomaron parte en ella. Los protestantes hubieran podido resistir á la reaccion católica, y aún detenerla, si hubieran unido sus fuerzas. En lugar de unirse contra el enemigo comun se desgarraron entre sí. De aquí resultó que el catolicismo ganó terreno, al paso que la Reforma lo perdió. Sin embargo, por un feliz concurso de circunstancias, la casa de Austria se vió asaltada por mil enemigos en el momento en que estalló la guerra de los treinta años. Era una ocasion que la Providencia ofrecia á los protestantes; léjos de aprovecharla, se dividieron hasta el punto de que el príncipe que era considerado como el jefe del protestantismo aleman se declaró por el emperador. Desde este momento ya no hubo más que un medio de salvar la Reforma: el auxilio del extranjero. La Suecia y la Francia intervinieron para defender la libertad religiosa y el equilibrio político igualmente amenazados por la preponderancia de la casa de Austria. ¿ Qué partido debian abrazar los príncipes protestantes en aquella gigan-



tesca contienda? Debían tomar las armas y conservarlas para contrarrestar la influencia de las potencias extranjeras, para arrancar al emperador una paz que dejase á salvo sus derechos religiosos y políticos. Si hubieran procedido así, la guerra no hubiera durado treinta años, y la Suecia y la Francia no hubieran dictado las condiciones de la paz. ¿Por qué dominaron los extranjeros en Munster y en Osnabruck? Porque solamente ellos figuraban en los campos de batalla. Los príncipes alemanes no tuvieron influencia, porque los unos, aliados del emperador, se hallaban vencidos y exhaustos como él; y los otros, que eran el mayor número, abrazando la neutralidad, se habían condenado á sí mismos á la impotencia. Esta es la gran falta que echamos en cara al elector de Sajonia y á los protestantes que accedieron á la paz de Praga.

Los protestantes, reunidos en Heilbronn, escribieron al rey de Inglaterra que su Liga tenía por único objeto la defensa de la religión y de la libertad (1). ¿De qué manera podían conseguir este objeto? No había más que una, y era obligar al emperador á una paz que garantizase los derechos y los intereses por que se había emprendido la guerra. Ahora bien; no se necesitaba un gran sentido político para ver que solamente la union de todos los protestantes les habia de dar la fuerza para vencer á la casa de Austria. Esto es lo que Gustavo Adolfo repitió incesantemente á los príncipes protestantes. Ya ántes de su muerte hubo negociaciones entre el duque de Sajonia y el emperador. El rey de Suecia dijo á sus aliados que debían cuidar de no hacer paces particulares con Fernando; que tratando separadamente se dividirían ante un enemigo poderoso y le darian armas para arruinarlos (2). Despues de la muerte de Gustavo Adolfo, los protestantes tenían un motivo más para conservarse unidos y aún para estrechar su union, puesto que les faltaba el gran hombre que los habia salvado. El canciller Oxenstiern les dijo muy bien que no debían tener más que un alma y una voluntad (3). Richelieu habló y obró en el mismo sentido:

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 81.

(2) *Id.*, *ibid.*, t. I, p. 319, 363.

(3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 365.

«Nada, dice al elector de Sajonia, es más á propósito para impedirle hacer una buena paz, que la falta de autoridad y de poder; para conseguir una paz sólida es preciso mantenerse en armas y ponerse en estado de hacerse respetable» (1). ¿Se dirá que estos consejos eran interesados, que la Suecia y la Francia querían eternizar la guerra á fin de destruir á la casa de Austria y repartirse sus despojos? Ciertamente Richelieu y Oxenstiern deseaban la continuacion de la guerra; pero los protestantes tenían el mismo interes, porque mientras no quedase humillado el poder del Austria, no podían esperar una paz seria: por otra parte, si hubieran continuado armados, hubieran tenido en jaque á la Francia y á la Suecia y les hubieran impedido imponer la ley á la Alemania.

El elector mismo de Sajonia confesó que solamente una paz general podia dejar á salvo los intereses comunes (2); pidió que la paz consagrara la libertad religiosa y política de los príncipes alemanes. El elector de Brandeburgo fué más léjos; queria la igualdad de ambas confesiones en el órden civil y político, único medio de asegurar la libertad en el órden religioso. Para conseguir estas garantías insistió en la necesidad de la union: «Divididos, dijo, y separados de la Suecia se verían inevitablemente oprimidos.» El elector añadió que era preciso desconfiar de las proposiciones de paz emanadas del emperador, porque á sus ojos los príncipes protestantes eran herejes y rebeldes, y no trataba con ellos más que bajo la reserva mental de no cumplir sus promesas (3). Nada más cierto, nada más sensato. ¿Por qué, pues, tomó el duque de Sajonia la iniciativa de la defeccion? ¿Y por qué el elector de Brandeburgo firmó la paz de Praga? Un historiador alemán ha querido rehabilitar al duque de Sajonia; celebra su prudencia y sus honrados sentimientos, exalta su patriotismo y su ódio al extranjero (4). Singular tipo de patriota el príncipe que, segun voz unánime de los contemporáneos, cuidaba mucho más de sus toneles de cerveza y de sus apuestas de caza que del protestan-

(1) *Negociaciones de FEUQUIERES*, t. I, p. 10, 12, 60.

(2) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 397; t. II, p. 16.

(3) *Id.*, *ibid.*, t. II, p. 17, 23, 28-32, 147, 409.

(4) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. I, p. 157, 162, 222, 223.



tismo y del imperio. Había desmerecido tanto en la opinión pública, que se le hacían canciones llamándole *rey de la cerveza* (1). Se le atribuían dichos propios de un borracho; se le acusaba de decir que estimaba más á los animales de sus bosques que á sus súbditos (2). Con todo esto, dice Richelieu, «el duque era ambicioso y hubiera querido tener la dirección de los negocios» (3). El cardenal se los hubiera confiado de buena gana, pero el embajador de Francia le escribió que el elector, «habiendo perdido su reputación y crédito, era incapaz de presidir cosas tan importantes como la paz y la guerra» (4). El orgullo ofendido entró por mucho en su defección; no podía consentir, siendo él elector, habiendo sido vicario del imperio, el estar subordinado á un gentilhomme sueco (5).

Intereses de familia y de engrandecimiento territorial, que el emperador cuidó de satisfacer, decidieron al duque de Sajonia á romper con sus aliados y á firmar la paz de Praga. El elector de Brandeburgo imitó su ejemplo. No se dirá que fué por patriotismo ni por odio á la dominación extranjera; confesaba que era imposible á los príncipes protestantes sostenerse sin el apoyo del extranjero; decía que más valía conseguir el auxilio de la Suecia, cediéndole una parte del Imperio, que salvar la integridad del Imperio á costa de la libertad religiosa; añadía que un cristiano evangélico debía dar más importancia á la palabra de Dios que á la grandeza temporal de su patria (6). Pero el elector, que sacrificaba tan generosamente la integridad de Alemania, cuidaba esmeradísimo de la integridad y del aumento de su electorado. Según pactos de familia, tenía derecho á la Pomerania después de la muerte del duque reinante; Suecia codiciaba también aquella herencia como indemnización de guerra. Esta oposición de intereses fué la que movió al elector á aceptar la paz de Praga.

(1) Se le llamaba *BIERGÖRGEL*. (FÖRSTER, *Geschichte Gustav Adolfs*, página 782.) Una canción de estudiantes le llama *rex cerevisianus*. (FÖRSTER, *Briefe Wallensteins*, t. II, p. 77, nota 3.)

(2) LE LABOUREUR, *Historia del mariscal de Guébrián*, p. 198.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 337.

(4) FÉUQUIERES, *Negociaciones*, t. I, p. 135.

(5) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 289.

(6) *Id.*, *ibid.*, p. 26.

Richelieu condenó enérgicamente esta paz. «Es una deserción vergonzosa, dice, é infiel contra los tratados firmados por el duque de Sajonia y contra su palabra» (1). La posteridad ha confirmado el juicio del gran político: «La paz de Praga, dice un historiador filósofo, era desleal, incompleta y desprovista de garantías. No concedía á los protestantes más que una parte de sus justas peticiones, y no les daba seguridad ni aún de aquello que se les concedía» (2). No puede alegarse más que una excusa en favor de los príncipes que la firmaron: el estado deplorable de la Alemania al cabo de diez y seis años de guerra. El elector de Sajonia no perdía ocasión de hacer gala de su amor á su cara patria, hollada por el extranjero, y su deseo de devolverle el beneficio de la paz. No tratamos de escudriñar sus intenciones, queremos creer que eran excelentes; pero, si prueban la buena fe del elector, demuestran también su incapacidad política y su ceguera. Los convenios de Praga, que debían dar la paz á la Alemania, perpetuaron la guerra, y además le imprimieron un carácter funesto al Imperio. El elector era tan limitado y tan vano, que imaginaba que sería cosa fácil arrojar de Alemania á sus antiguos aliados; no veía que los suecos, exasperados, habían de continuar la guerra por pundonor, y que detrás de los suecos estaba la Francia, que no quería la paz mientras no se hubiese arruinado la casa de Austria. No ponían, pues, fin á la guerra los príncipes protestantes abandonando la alianza sueca; se ponían, por el contrario, en la imposibilidad de contrarrestar la influencia extranjera; entregaban la Alemania á los azares de las batallas en una época en que la fortuna de la Francia estaba confiada al genio de Richelieu; esto era precipitar la desmembración.

Se dirá que es fácil al historiador ver *à posteriori* lo que se hubiera debido hacer, pero que no lo es tanto para aquellos cuya vista se halla oscurecida por las pasiones del momento. El duque de Sajonia no tiene ni esta excusa; consultó á sus Estados, y recibió de ellos una respuesta excelente que hubiera debido aprove-

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 343.

(2) ANCELLON, *Cuadro de las revoluciones del sistema político en Europa*, t. II, p. 89.—SCHOELL califica de *vergonzosa* la paz de Praga. (*Historia general*, t. XXV, p. 191.)



char. Los Estados sajones declararon que no tenían confianza en el emperador; deploraron que no se hiciese la paz de comun acuerdo con todos los príncipes; en fin, opinaron que la paz, léjos de pacificar la Alemania, eternizaria la guerra, porque las potencias extranjeras no la aceptarían (1). ¿Qué se debía hacer, pues? Seguir unidos y sobre las armas hasta que el emperador vencido hubiese concedido una paz segura. Tomando este partido, los príncipes protestantes hubieran tenido voto preponderante en las negociaciones, hubieran impedido que Suecia y Francia continuasen la guerra bajo el pretexto de la libertad alemana; hubieran dictado las condiciones en lugar de consentirlas; hubieran salvado el honor y tal vez la integridad del Imperio. Aceptando la paz de Praga, poniéndose de parte del emperador, los príncipes protestantes abrieron, por decirlo así, la puerta á la ambición francesa.

Sin embargo, no es cierto que hayan abandonado fácilmente los intereses de la patria. Los plenipotenciarios de Francia en Munster tributaron á su patriotismo un homenaje de singular ingenuidad: «Los príncipes alemanes, dicen, difieren mucho de los príncipes de Italia; éstos admiten perfectamente que la Francia ocupe algunas plazas para tenderles la mano en caso de necesidad, y para tener en jaque á los españoles. Pero á los alemanes les interesa mucho más el amor de su patria, y no pueden aprobar la desmembración del Imperio por los extranjeros, sea cual fuere la utilidad que pueda reportarles, prefiriendo, mediante una política digna de aquel clima, la subsistencia de un cuerpo de que son miembros, á las ventajas que cada cual pudiera sacar particularmente de la división del imperio. Desean ciertamente recobrar sus antiguos privilegios y que la autoridad del emperador quede regulada por las constituciones del imperio, pero no quieren que estos bienes vengan á costa de la separación de parte de su Estado, ni que para tener más medios de ayudarles, los príncipes extranjeros se engrandezcan á su costa» (2). No faltaba á estos buenos sentimientos más que fuerza para hacerlos prevalecer; pero esta condición era esen-

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 676.

(2) Carta del conde de Avaux y de Servien al cardenal Mazarino. (*Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. III, 2, p. 21.)

cial; habiendo faltado ésta, como dice el plenipotenciario francés, las dos coronas extranjeras impusieron la ley en el seno de una asamblea del Imperio (1). Para obtener reparación de sus quejas, los príncipes alemanes, católicos y protestantes, se vieron obligados á alcanzar el apoyo de la Suecia y de la Francia, es decir, que á su pesar ayudaron al desmembramiento de la Alemania (2).

Hay que añadir, para ser justos, que los protestantes fueron ménos culpables que la casa de Austria y los príncipes católicos sus aliados. En el Congreso de Munster se vió á los católicos favorecer las pretensiones de la Francia; el duque de Baviera, principalmente, favoreció sus invasiones. Los católicos hicieron en Alemania en el siglo XVII lo que habían hecho en Francia en el XVI; sacrificaron los intereses de su patria á los de su religión. El duque de Baviera tenía un motivo más personal para ponerse de parte de la Francia; quería á toda costa conservar el alto Palatinado y la dignidad electoral. La espoliación del elector palatino fué una de las causas que perpetuaron la guerra; fué también una de las causas de la debilidad del emperador en las negociaciones. Por un castigo divino, el que se aprovechó del despojo se declaró contra el espoliador; el abandono de la Alsacia fué el castigo de la arbitrariedad y de la ambición de Fernando.

#### § IV.—Las potencias protestantes.

##### N.º 1.—La Inglaterra.

En el siglo XVI la Inglaterra se había puesto en cierto modo á la cabeza del protestantismo; lo había sostenido en Escocia, en los Países Bajos y en Francia. En el siglo XVII permaneció casi completamente ajena á la larga guerra que decidió el porvenir de la Reforma. Este es un testimonio de la influencia funesta que ejerce

(1) Memoria del conde de AVAUX, 11 de Febrero de 1647. (*Negociaciones*, IV, 19.)

(2) ADAMI, *Relatio historica de pacificatione Osnabrugensis*, XI, 9, p. 219; XIII, 4, p. 236.